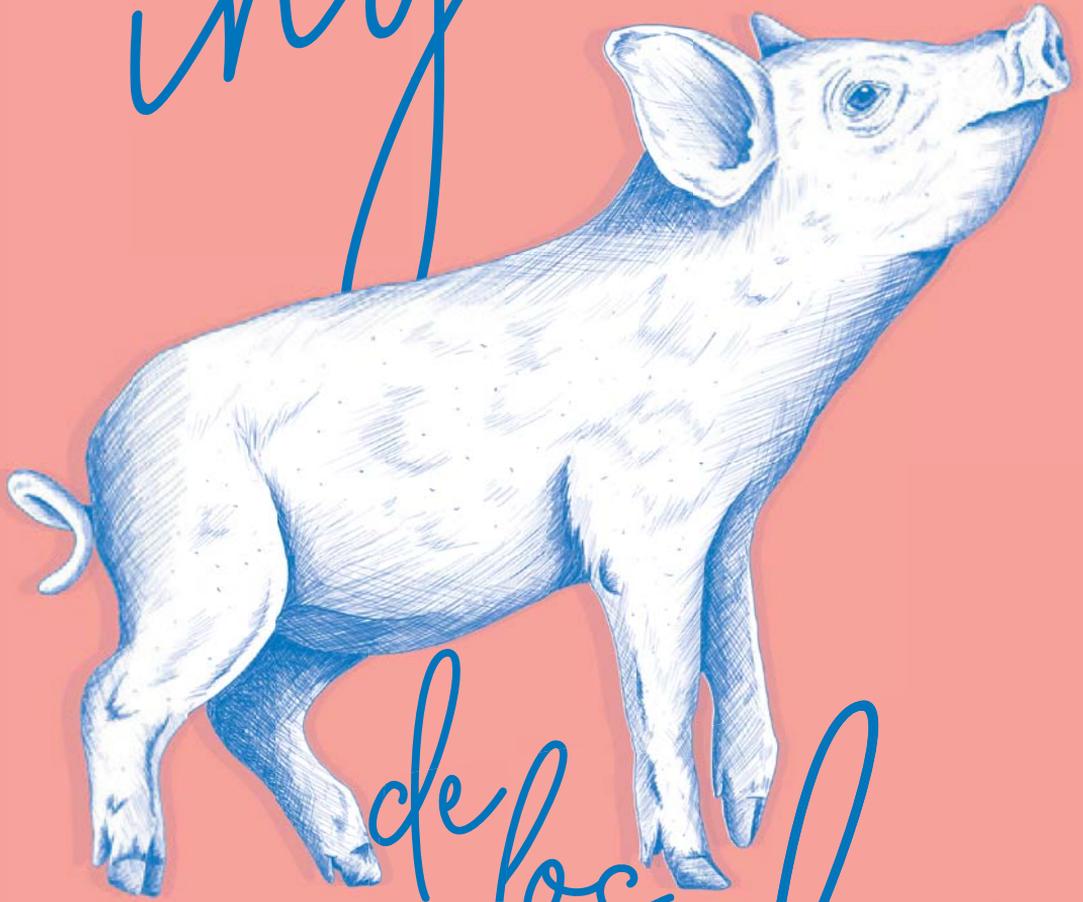


El ingenio



de los cerdos

Matt
Whyman

Ariel

Matt Whyman

El ingenio de los cerdos

Traducción de Beatriz Ruiz Jara

Ariel

Título original:
The Unexpected Genius of Pigs

Primera edición: marzo de 2020

© 2018, Matt Whyman
© 2019, Beatriz Ruiz Jara, por la traducción
© 2018, Micaela Alcaino, por las ilustraciones del interior

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3192-8
Depósito legal: B. 2.042-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

1. CRIANDO CERDOS A REGAÑADIENTES	13
Una lección sencilla	13
La vida antes de los cerdos	13
Butch y Roxi	15
Un animal de distracción masiva	16
La creciente presencia de los cerdos	17
Tamaño y espíritu	19
Donde hay mugre	21
El insospechado genio de los cerdos	23
2. EL CERDO ANCESTRAL	27
Las ventanas del alma	27
Un cerdo en el tiempo	27
El origen de la especie	29
El paso	31
A la par con el cerdo	32
3. LA MENTE DE UN CERDO	37
Lazos	37
El más inteligente sobrevive	38
El cerdo en el laberinto	41
El mundo de Wendy	43
Después de Bertie	45
Lumbreras	46
El viaje y el destino	48

Objetos inamovibles	50
Ser más cerdo	52
4. EL CORAZÓN Y EL ALMA DE UN CERDO	55
Holly y Poddy	55
El grupo matrilineal	57
En el bosque y en la granja	59
Mezclar, juntar y pasar a otra cosa	60
Impuesto revolucionario	61
El reportero en la pocilga	62
Seguridad social	64
El cerdo perfecto	65
Te presento a los suecos	67
5. LA LENGUA DE LOS CERDOS	73
Rocky	73
Conversaciones con un cerdo	73
«Estoy aquí»	74
Ruido y furia	75
Donde hay esperanza...	76
El silencio de los cerdos	77
En un mundo propio	79
Hablando con los animales	83
Cilla	84
6. EL HOCICO DEL CERDO	87
Tesoro perdido	87
La herramienta de trabajo	89
Cruzando los límites	92
Antes de la caída	94
Después de la lluvia	95
Para un cerdo no hay secretos	96
El huerto de al lado	97
7. EL REINO DEL CERDO	101
A casa	101
Tu hogar está donde comes	102

El cerdo de confianza	103
Helga	104
El cerdo pastoral	105
Durmiendo bajo las estrellas	106
Comodidades	107
El cerdo limpio	108
El mito del lodo	110
La hora del baño	113
8. LA CERDA Y EL CERDO	115
Cuando el celo aprieta	115
Un aplauso para ellos	118
Herbie	120
El cerdo menor	121
Se respira amor	124
9. LO QUE NOS ENSEÑAN LOS CERDOS SOBRE PATER- NIDAD	127
Preñada	127
El instinto del nido	127
Una urraca en casa	130
El instinto materno	132
La lactancia inteligente	133
Las otras madres	135
El padre de repuesto	137
Sybil	138
Echar a andar	139
10. EL CERDO DE COMPAÑÍA	141
No solo por Navidad	141
El amigo más bestia del hombre	144
Nuevos horizontes	147
<i>Agradecimientos</i>	151

1

Criando cerdos a regañadientes

UNA LECCIÓN SENCILLA

Criar cerdos me enseñó muchas cosas acerca de mí y muy pocas acerca de los animales que tenía a mi cargo. En los años en que Butch y Roxi fueron parte integral de mi familia, descubrí que mi paciencia prácticamente no conocía límites. También me di cuenta de que algunas cosas que antes había considerado importantes eran en realidad insignificantes, como los arriates de flores y buena parte de la valla que rodeaba el jardín. Al ser padre de cuatro niños, estaba familiarizado con el esfuerzo y la responsabilidad. Pese a ello, por muchos pañales que hubiera tenido que cambiar, nada habría podido prepararme para la cantidad de suciedad a la que tuve que enfrentarme a diario. Esta experiencia estrechó la relación con mi mujer, Emma, a la hora de afrontar los desafíos, en constante evolución, que nos imponía nuestra porcina pareja; aunque en ningún momento nos planteamos renunciar a ellos.

Por encima de todo, a pesar de las pruebas, los intentos de fuga y la destrucción, aprendí algo acerca del amor.

LA VIDA ANTES DE LOS CERDOS

Volviendo la vista atrás, he de reconocer que la culpa fue toda mía. Vivimos en el campo, en Sussex Occidental, en una casa

de ladrillo y teja junto al bosque. Hay un jardín, donde a nuestros hijos les gustaba jugar, y tenemos vecinos a ambos lados. Durante una temporada, crie pollos en un gallinero, en la parte de atrás. La zona estaba delimitada por una cerca de madera que cruzaba por detrás de un pequeño manzano y quedaba pegada a la esquina delantera del cobertizo. A decir verdad, era un paraíso para las aves de corral. Los seis individuos de mi cuadrilla disfrutaban de un amplio espacio en el que picotear y escarbar, y siempre se acercaban a saludarme a la verja cuando me pasaba a verlos.

Cuando el ataque de un zorro acabó con todos los miembros de mi averío menos uno, me planteé qué animal podría disuadirlo de repetir la visita. Tenía en mente la idea de que fuese algo que transmitiera una señal inequívoca, algo así como un cocodrilo, un estanque de pirañas o un toro sulfurado. No hablaba en serio cuando propuse un cerdo, aunque había oído que solían amedrentar a los zorros. Para Emma fue motivo suficiente para meterse en internet a investigar un poco. Cuando dio con una especie que, aparentemente, podía acomodarse dentro de un bolso de mano, el trato quedó cerrado.

—No son cerdos normales —me dejó caer—. Estos son minicerdos.

Para hacerle justicia a Emma hay que decir que ella había hecho los deberes. Lo que pasa es que en aquel momento sus deberes se reducían a rastrear entre un sinfín de imágenes irresistibles de cerdos increíblemente pequeños con botitas de bebé y una manifiesta escasez de datos fehacientes que los distinguieran del cochino corriente que todos conocemos. Su única opción fue creerse a pies juntillas lo que le decían los pocos criadores que había encontrado especializados en cerdos miniatura. Según ellos, los marranos pequeñitos solo crecían hasta los treinta centímetros de altura, que es más o menos lo que mide un terrier. Eran listos, se llevaban bien con los niños, eran fácilmente domesticables y se contentaban con vivir bajo el mismo techo que nosotros.

Emma me contó muchas más cosas, pero yo ya había dejado de prestarle atención cuando me dio un argumento incontes-

table, al asegurarme que apenas si notaría su presencia. A esas alturas la familia estaba completamente entregada. Un cerdito normal y corriente cuesta unas treinta libras. Por un cerdo miniatura de ocho semanas, la cosa está entre las quinientas y las mil libras. A pesar del pellizco, Emma creyó que sería una inversión.

—Los niños tendrán un buen recuerdo —dijo.

Bien mirado, no le faltaba razón. Solo que no creo que la experiencia transformase sus vidas en el sentido que ella esperaba.

BUTCH Y ROXI

Los recién llegados aparecieron en una cesta para gatos. Quizá en un intento por ablandarme, Emma propuso algunos nombres que habíamos barajado en su día para dos de nuestros hijos, solo para descartarlos a las primeras de cambio. Tal y como le había asegurado el criador a Emma en su publicidad, no eran más grandes que unos gatitos. Al ver unos cerditos tan bien formados y gañendo en un tono agudo, lo primero que se me ocurrió fue mirarles la barriga en busca del compartimento de las pilas. Y es que parecían demasiado perfectos para ser reales. Durante el primer fin de semana que pasaron con nosotros, la pareja de hermanos se convirtió en un verdadero imán para las atenciones y arrumacos de Emma y los niños. Como yo trabajaba en casa escribiendo libros en un despacho, en la parte delantera de la casa, aproveché la ocasión para escabullirme y plantarme delante del teclado.

Entonces llegó el lunes. Con los niños en la escuela y yo abandonado allí por mi mujer cuando llegó su hora de irse a la oficina, la tarea de cuidar de Butch y de Roxi recayó en mí.

A partir de aquel momento, la distancia que separa la fantasía de la realidad del criador de cerdos se abrió ante mí como un abismo. Desde donde estaba sentado, delante del ordenador, intentando escribir para ganarme la vida, las distracciones eran constantes. Muy acertadamente, al menos para los cerdos, Emma había decidido ubicar su pequeño refugio en mi despacho, para que pudiera tenerlos vigilados. En cierto modo eso

fue exactamente lo que hice, dedicando más tiempo a echarles un vistazo por encima del hombro a lo largo de una cadena de interrupciones que mirando la pantalla.

Contrariamente a lo que la gente cree, los cerdos son animales higiénicos. Se montan un retrete lo más alejado posible de su zona de descanso. En nuestra casa, a pesar de la bandeja de la basura que Emma había instalado en mi oficina, eso significaba salir trotando hasta el salón y colarse por detrás del televisor, que estaba en un rincón. En cuanto al ruido, la cosa no era tan grave. De hecho, los husmeos y gruñidos me resultaban bastante relajantes mientras trabajaba. Era solo en el momento en que sonaba el teléfono cuando el ambiente se enrarecía. Puede que tuviera algo que ver con la frecuencia del tono o quizá a los cerdos les guste el sonsonete. Sea como fuere, Butch y Roxi respondían con un chillido interminable. Ya es lo bastante difícil intentar aparentar cierta profesionalidad cuando trabajas en casa. Ahora daba la impresión de estar bajando a la entrada de un corral.

UN ANIMAL DE DISTRACCIÓN MASIVA

Por supuesto, todo el mundo sabe que hacerse cargo de un animal de compañía joven puede resultar complicado. Los perros tienen que aprender que aquí mandas tú, mientras que los gatos tardan un poco en averiguar cómo manipularte con el fin de aprovecharse de ti. Los cerdos se parecen mucho a los niños de pañales. Pueden ser almas dóciles y curiosas, y pueden agarrarse un buen berrinche cuando la situación no les conviene. Pronto descubrí que, a diferencia de los niños pequeños, en su caso este comportamiento no se corrige a medida que se hacen mayores. Muy al contrario, con el tiempo el entorno doméstico se vuelve cada vez más forzado e inapropiado.

Es más, hay que observar ciertas normas y regulaciones estrictas, dictadas por el Departamento de Medio Ambiente, Alimentación y Medio Rural (DEFRA). Si les daba de comer a los cerdos cualquier cosa que hubiera estado en una cocina, por

ejemplo, me arriesgaba a contravenir varias leyes de seguridad biológica. Podían penalizarme con una cuantiosa multa; pero eso nuestro reducido rebaño no lo sabía. Ni tampoco mis hijos más pequeños, cuando se paseaban por allí a gatas con una galleta en la mano y los dos cerditos les seguían los pasos como dos chacales de poca monta. En el fondo, no hay más que ver a un minicerdo sufrir una crisis porque no quieres compartir el sándwich con él para reconocer que la vida va a ser mucho más sencilla para todos si se trasladan afuera.

Butch y Roxi estuvieron viviendo con nosotros dentro de casa durante muy poco tiempo. Cuando se nos pasó la ilusión de la novedad, enseguida vi que nuestra casa no era un entorno adecuado para un cerdo de la clase que fuera. Su naturaleza les impele a hozar por la tierra, rebuscando raíces y premios enterrados, y no a atascarse el hocico en el botellero o a despanzurrarse delante de la tele esperando a que salgan los resultados de la lotería. Sorprendentemente, no me costó demasiado convencer a Emma y a los niños. Si bien ellos también habían llegado a la conclusión de que esta raza de cerdo en concreto no precisaba de alfombra bajo las pezuñas ni de calefacción central, lo que realmente creo que anhelaban era un poco de paz. Para asegurarme de que no cambiaban de parecer, adopté unas cuantas gallinas de un criadero para que hicieran compañía a mi única ave superviviente, y entonces juqué la carta de los guardianes contra el zorro.

Y fue así, con un averío de pollos jubilados posados en el mango de la caja de herramientas que tenía a mi lado, como convertí el lateral del cobertizo en unos acogedores aposentos para Butch y Roxi. Dándole una sacudida a la valla, decidí que parecía lo bastante resistente y que había espacio de sobra para que todos convivieran pacíficamente.

LA CRECIENTE PRESENCIA DE LOS CERDOS

A plena luz del día, una vez dirimida la guerra territorial entre cerdos y aves de corral, quedó patente que Butch y Roxi ya no

eran tan miniatura como antes. Roxi fue la que se desarrolló más rápido. De hecho, hubo un momento en que cada vez que salía a servirle sus tan adoradas bolas de pienso para desayunar y para cenar me parecía verla más grande. También conseguían engordarse por su cuenta, dándose atracones a base de todas las bellotas que se iban soltando de la encina, junto con las hojas que caían en otoño.

Mientras Roxi rivalizaba en tamaño con nuestro difunto pastor alemán, Butch lo compensaba poniéndose bien fornido y transformándose en una portentosa excavadora. Después de adueñarse del corral de los pollos, la pareja lo convirtió en un barrizal sembrado de cráteres. Me supo tan mal por las aves que acabé por dejarlas salir al césped. Por aquella época, no conformándose con menos, uno de los cerdos aprendió a levantar el cierre de la verja. Dejándola atrancada los mantuve a raya una temporada. La respuesta de Butch y Roxi fue crecer lo bastante para echar abajo el vallado de madera haciendo palanca con el hocico.



Un día, inspeccionando lo que quedaba del jardín mientras los cerdos dormían en el cobertizo después de su ardua tarea, me negué a darme por vencido. Me puse a reforzar el cercado —una chapuza verdaderamente memorable— y di por hecho que nuestros minicerdos habían alcanzado su tamaño máximo. Todavía me da la risa cuando me acuerdo.

TAMAÑO Y ESPÍRITU

Pasado el tiempo, cuando los amigos y los vecinos venían de visita, acostumbraban a coger aire al ver a las grandes bestias gruñendo entre los cráteres y el montón de escombros en que se había convertido nuestro jardín. En menos de un año, Roxi me llegaba hasta los muslos y había desarrollado un gusto por los ladrillos de construcción. No paraba de desenterrarlos de no se sabe dónde y de ronzarlos hasta dejarlos pulverizados. Era una cerda rosada con manchas oscuras, orejas de murciélago y una cara cuya descripción más acertada sería que parecía una pala. Además era de constitución maciza: una sólida masa de músculo, grasa y obstinación. De haberle permitido quedarse en casa siendo una cochinita, habríamos tenido que echar mano de un cabrestante para sacarla de allí.

Butch no era tan monstruosamente grande. A la luz adecuada habría pasado incluso por una monería. Era todo negro, con el vientre alargado y una expresión enternecedora, a imagen y semejanza de Yoda de *La guerra de las galaxias*. Castrado a una edad temprana, porque, francamente, las consecuencias de dejarlo intacto eran inimaginables, nuestro minicerdo macho también me recordaba a un calzonazos orbitando en torno a Roxi. Mal que les pesara a los pollos, era ella la que llevaba la voz cantante en el gallinero. Si hubiera tomado la costumbre de cacarear al amanecer, creo que nadie se habría sorprendido.

Sin lugar a dudas, atender a las necesidades crecientes de nuestra pequeña piara suponía un verdadero esfuerzo. El vallado reforzado se nos antojaba un dique que hubiera de resistir la crecida de las aguas, pero, aun así, aguantó. No puede decir-

se lo mismo de la cerca del jardín, erigida con tablas juntas de un metro ochenta de largo y que constituía la parte trasera del recinto. Me entró un ataque de pánico la primera vez que me encontré, una mañana, un agujero astillado en forma de cerdo en la valla, y me pasé el día entero siguiéndoles la pista. La segunda y la tercera vez fueron igual de preocupantes. Cuando volvió a suceder una vez más, empecé a preguntarme si no me los habrían enviado con toda la intención para poner a prueba los límites de mi paciencia.

Por esas fechas, Emma asumió la responsabilidad de contactar con el criador que nos había vendido los cerdos. La imagen de Butch y Roxi no se correspondía exactamente con las fotos de adorables animalitos ovillados en una caja de zapatos que se exhibían en la página web, de modo que se tomó el asunto como si fuera un cruce entre el defensor del consumidor y un ángel vengador. No me cabe la menor duda de que mi mujer los habría reprendido con unos modales muy razonables, no sin dejarles bien a las claras que había que detener eso de ir colando cerdos de esa manera, a no ser que quisieran que un pedazo de rubia cabreada se plantara a la puerta de su casa. Al final, solo se me ocurre que el propietario de algún otro minicerdo se le debió de adelantar, porque ya el criador estaba fuera de circulación.

Ni siquiera cuando Butch y Roxi se comportaban había forma de ignorar que su crecimiento era imparable. A pesar de los chillidos y de que el jardín parecía un campo de batalla, nuestros vecinos se mostraron sorprendentemente comprensivos. Perdí la cuenta de las veces que tuve que anticiparme a una reclamación por ruidos haciendo una ronda por las casas para pedir disculpas. Acabé regalando todos los huevos que daban nuestras gallinas. Cuando les hablábamos del aprieto en el que estábamos, parecían comprender que no teníamos ni idea de dónde nos habíamos metido. Me atrevería a decir que secretamente nos consideraban imprudentes e impulsivos por haber caído en la trampa de querer criar cerdos como animales domésticos sin la diligencia debida, y seguramente tenían razón.

DONDE HAY MUGRE...

Sin embargo, en algunos aspectos tuvimos suerte. A pesar de los sacrificios, lo cierto es que disponíamos del espacio necesario para atender a las necesidades de Butch y Roxi. Nuestra vida había quedado supeditada a sus cuidados. Llegué incluso a tomarme un descanso de mi trabajo como novelista para escribir un relato con moraleja en forma de memorias sobre esta experiencia. Entonces ¿qué fue lo que pasó? ¿Nos habían estafado?

Mientras asistía con retraso a un curso de cría de cerdos, una conversación con el ilustre buen hombre que lo impartía me abrió los ojos a la realidad de nuestra situación. Él creía que ese prolongado interés generalizado por los cerdos, y el dinero que podía generar la idea de disponer de una versión miniaturizada, empujaba a mucha gente del negocio a ahorrar costes.

—Los cerdos miniatura no constituyen una raza en sí misma de la que haya constancia —me dijo—. Cualquiera puede cruzar a dos cerdos de tamaño reducido, pero eso no te garantiza que las crías también vayan a ser pequeñas. Harían falta generaciones enteras de crianza estrictamente controlada. Quizá lo veamos dentro de treinta o cuarenta años —añadió, aunque aquello no me sirvió de mucho consuelo—. Pero lo que tienes tú son dos cerdos de raza mixta.

En cuanto a su estatus de hermanos, el hombre le echó un vistazo a la foto que le enseñé y dejó escapar una risita entre dientes.

Así pues, por lo visto, los cerdos miniatura eran un mito. Te colaban a los lechones para sacarse un buen pico. Un unicornio de hoy en día, o puede que solo para aquellos a los que nos atraía la idea de tener un cerdo como animal de compañía. Sí, los cerdos de razas pequeñas existen, como el cerdo barrigón vietnamita y el kunekune, pero todo depende en buena medida del concepto que uno tenga del tamaño. Pensar que cualquier cerdo adulto puede caber dentro de un bolso de mano es un disparate. De hecho, un cerdo adulto podría co-

merse dicho objeto para almorzar si te lo dejas por ahí tirado. Lo cierto era que Butch y Roxi eran dos mestizos de lo más corriente, solo que muy caros. A pesar de todo, nos desvivimos por ellos. En cierta manera su presencia nos sirvió para estar más unidos, como una familia ante fuego enemigo.

Eso sí, nosotros no somos de esa clase de gente que daría la espalda a sus animales de compañía. La tarea era espinosa, pero Emma y yo aprendimos muchísimo sobre cuidar cerdos de forma responsable, y eso en sí ya es una recompensa. Winston Churchill comentó una vez que si miras a los ojos a un cerdo encontrarás que él a su vez te mira como a un igual. Yo no estoy tan seguro. En las ocasiones en las que me puse al nivel de Butch y de Roxi, normalmente para suplicarles que me otorgaran aunque solo fuera un día sin tormento, me encontré con dos seres gruñones que me miraban a los ojos con más ansias por vivir y una determinación más pura de las que yo jamás haya podido reunir. También fue una experiencia afectiva. Estábamos juntos en esto, hombre y cerdo. Durante todo ese tiempo mi esposa y yo siempre quisimos hacer lo mejor para ellos. Estábamos mal preparados y encandilados a partes iguales. Pero por muchos obstáculos que nos encontráramos, el bienestar de Butch y Roxi siempre fue nuestra prioridad.

Me consuela un poco el hecho de que no estuviéramos solos en lo tocante a tragarnos el mito del minicerdo. Había otras familias que también los habían invitado a entrar en sus hogares con la mejor de las intenciones, solo para descubrir que los cerdos crecían por encima de las expectativas que tenían cuando les abrieron sus puertas. Por todo el país, los santuarios de animales empezaron a acoger a cerdos cuyas dimensiones igualaban el tamaño de su soledad y de su tristeza, y eso era lo último que queríamos. Nuestros cerdos formaban parte de nuestra vida, aunque hubieran acabado por invadir todos sus frentes. Emma y yo estábamos de acuerdo en que Butch y Roxi tenían exactamente el mismo derecho que nosotros a una existencia plena y satisfactoria, y nos comprometimos a hacer todo lo posible para proporcionársela.

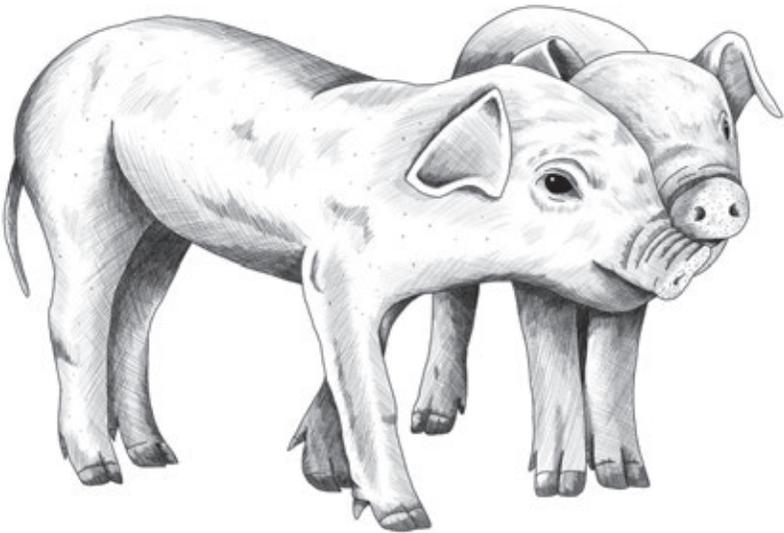
Ha pasado mucho tiempo desde que pude llamarme criador de cerdos. Las cicatrices emocionales ya han curado y la hierba ha vuelto a crecer con afán vengador gracias a todo aquel compost. Puedo echar la vista atrás sobre este episodio de nuestras vidas rememorándolo con cariño, e incluso esbozar una sonrisa ante el recuerdo de alguna de las escapadas que en aquel entonces me ofuscaron. Además de animarnos a dejar de comer carne, gracias a un acrecentado respeto por los animales y su bienestar, he recibido en herencia una fascinación por saber de dónde sale el impulso vital de los cerdos. Invitamos a una pareja a nuestro mundo y ellos lo hicieron trizas, pero ¿cómo es el mundo para ellos?

Ahora que dispongo de tiempo y espacio, sin cerdos de por medio, para poder pensar, me interesa averiguar más cosas sobre cómo se ve la vida a través de sus ojos. Después de encontrarme cara a cara con un par que me tuvo bien calado desde el principio, no me cabe duda de que se trata de una especie de profundidades insondables. No estoy insinuando que un cerdo tenga predilección por el álgebra, la pintura o la poesía, pero entre esas dos orejas sucede algo extraordinario que tengo interés en explorar. En algunos aspectos, me parece que es una tormenta perfecta de instinto e inteligencia que implica que, cuando un cerdo se empeña en algo, siempre consigue lo que quiere.

Los cerdos no solo son inteligentes, también son extraordinariamente sociables. Butch y Roxi eran inseparables y, a pesar de no ser hermanos, ¿eran compañeros solo por necesidad o realmente eran almas gemelas? A menudo Roxi aprovechaba la ventaja de su tamaño y su peso para apartar a empujones a Butch del comedero, mientras que por su parte nuestro macho era de patas más veloces, y podía escabullirse con una manzana en las fauces antes de que ella lograra alcanzarlo. Así pues, se trataban a empujones, y por las noches se arropaban mutuamente, adoptando una especie de postura íntima, hocico contra nalga.

En cuanto a lo de escaparse y salir corriendo, estoy en condiciones de garantizar que, por lejos que Butch y Roxi acabasen, siempre los encontraba juntos. Así pues, ¿establecen los cerdos, al igual que nosotros, fieles lazos de amistad o se enzarzan en disputas? ¿Y qué hay de la necesidad de contar con un cómplice? ¿Tienen la capacidad de amar y de odiar, de ofrecer consuelo o de compartir saberes o consejos? ¿Son juguetones o maliciosos, son realmente tan groseros y ruines como sugerimos siempre que afirmamos que alguien se comporta como un cerdo? Ajenos a las tecnologías que a nosotros nos permiten relacionarnos, ¿cómo se comunican ellos y qué se dicen? ¿Y qué es lo que les incita a pasarse el día entero, desde que amanece hasta que anochece, hozando en la tierra para desenterrar una simple bellota? A mí todo esto me parece un misterio, pero un misterio que me gustaría desentrañar, movido por un espíritu de curiosidad y de entusiasmo, para poder entenderlos mejor.

Con la ayuda de personas que han mirado a los cerdos a los ojos hasta unas profundidades mucho mayores de las que yo jamás haya podido imaginar, tengo la intención de aprender más cosas de las que aprendí a raíz de todos los errores que co-



metí mientras estuve criando cerdos a regañadientes. No solo acerca de los cerdos y de su personalidad —y conoceremos a unos cuantos—, sino acerca de lo que significa conectar con estos animales y reconocer que sus vidas pueden ser igual de complejas, estimulantes y gratificantes que las nuestras.